NOVELA - CORTA

iBAJO LOS ARBOLES!

menzó el combate.

El faillo comenzó como todos los fdilios campestres: a la sombra de

Era un día en que la niña cantaba golpeando la ropa en el lavadero, a sombra del viejo sauz, no lejos de la casa, cuando llegaron saltando y gritando los muchachos de la es-cuela, en confusa turbamulta. Como una cierva sorprendida se refugió en el ramaje, viendo con ojos asombrados la turbulenta tropa, que de piedra en piedra saltaba el arroyo buscando hacia arriba un lugar aparen-te para el baño. Cuando creyó que to dos habían pasado salió de entre el monte. Sobre la piedra más alta, en mitad del río, como un cachorro de león que buscara las huellas de sus campañeros, un muchacho de los más grandes de la escuela trataba de orientarse buscando por dónde habian tomado los otros. Al sentir ruido en la orilla volvió su cabeza alživa y su mirada atrevida se clavá en

niña. La lavadora avergonzada bajó los ojos. Preguntále el mozo por dónde habían seguido los otros, ella apenas acertó a extender su mano señalando con el dedo el punto deseado. Un momento la contemplé mancebb, después, dando un salto de gato montés, ganó la ribera opuesta mientras su sombra se perdia en los recodos del monte, la niña como alelada miraba con sus grandes y tiernos ejos el punto de la visión

Después dobló la cabeza y siguió cantando, triste, muy triste, mientras a lo lejos se escuchaban los gritos de los muchachos, mezclados a los estrépitos del torrente y a los vagos ruidos del campo traídes per la brisa estival que acariciaba los inmen-sos trigales y jugueteaba en los árboles de la orilla....

Cuando pocos días después, su madre le anunció que iba a llevaria al pueblo donde entraria como sirvienta a casa de las señoras L..... la niña tuvo un estremecimiento de alegría, y sin saber por qué le pasó por la mente la imagen atrevida del muchacho aquel que habla visto alla sobre la piedra del río, entre las reverberaciones del sol, mientras se escuchaba lejos el estrépito del torrente, les vages ruides del campo traidos por la brisa estival que aca-riciaba los inmensos trigales y murmuraba en los árbbles de la orilla...

El idilio comenzado a la orilla del rio continuó a la sombra de los paternos muros. ¿Le amaba él? Eso no lo averiguaba ella: le bastaba amarlo. Era su amo, su señor, y ella o había hecho su idolo. Amor senci-No y salvaje. Toda su vida concentrada en esa pasión, en esos besos dados a hurtadillas, en ese amor sin palabras y sin ruido, en esas citas en la huerta, bajo los naranjos florecidos y los malabares entreablertos.

Verlo desde la mañana hasta la noche, servirio sumisa y temblar ante aquel adolescente tumultuoso e indómito, sufrir con sus dolores y gozar con sus alegrías, llorar en silencio cuando era castigado. admirar su esbeltez que ella encontraba ideal, y dormirse en la noche hamedos todavia los labios por et ul timo beso dado bajo los ramajes en flor y los malabares entreabiertos; he ahi su vida.

Aquel dia en que se nubló su idilio, despertó su alma al dolor.

Cuando el día de la partida aquella mañana sembría, vió listos los irse lejos muy lejos para una cludad muy grande, y lo vió húmedo de lágrimas maternas entre gritos desgarradores aban donar la casa querida, la pobre niña pegada contra e; mure, quieta como una estatua, con los ojos desmesuradamente abiertos lo miró alejarse lo siguió con la vista hasta verl perderse tras la última loma que do raba el sol de una mañana espléndi-

Cuando volvió en sí, sólo vió sombras en torno.

Su amor desesperado y salvaje s vivia escutornó en melancolfa, y chando las noticias que de la ciudad lejana Negaban y escapándose para ir a la loma cercana, tras de la cual lo había visto desaparecer, y allí so fiando con su idilio doloroso, mirar y mirar al camino, hasta ver oscure cerse el cielo, enrojecerse el horizonte y aparecer tras los lejanos cerros la misteriosa estrella de la tarde

Volvió él hecho ya un joven de veinte años y ella que sin aperci-birse se había hecho hermosa como esas flores que se abren al calor de los trópicos, se estremeció ante mirada llena de deseos que inspiraba su belleza, al fdolo de su alma. Y continuó el idilio, y se amaron

como antes, en las noches placidas, en el misterio de la huerta a la sombra de los naranjos en flor malabares entreabiertos. Idilio doloroso para ella.

Besos recogidos en otros labios. noches pasadas en otros brazbs, amo res de cortesanas, viento de las grandes ciudades habían corrompido e corazón del mancebo; y mientras él era para ella un fdolo, ella no era para él sino un instrumento de placer, un juguete que se arroja al suey se pisotea un día de enfado-

Altivo, indiferente, sensual, nueves placeres lo apartaban de ella diarianente y la infeliz se consumia en si lencio conformándose con una palabra, una mirada o una orden dada con sequedad. Viéndolo y oyéndolo olvidaba sus deleres.

En las noches en que permanecía en la calle hasta altas horas, ella rezando en su lecho, esperaba olrío en-trar, prestando oldo atento a los gieron como nubes al sopio del vienzando en su lecho, esperaba olrio en-

ruidos de fuera y estremecida de zo- | to, formáronse jos batallones y cozobra. Cuando ya habla entrado, se dormía soñando con besos que ya no venian a acariciar sus labios y brazos que ya no ceñían su talle.

Otras noches, mientras el dormía, ella paso, muy paso se acercaba a la puerta y gozaba oyéndolo respirar; como en éxtasis permanecia alli echada en la puerta con la fidelidad de un perro que guarda el sueno de su señor.

Cuando un día él la llamó y le confió un secreto, solicitando su ayuda, la pobre sugestionada no pudo negarse y en el herofsmo de su amor lo hizo todo. Ella llevó las cartas a la hermosa niña, ella trala las res puestas y trémula murmuraba ante uno y biro las palabras de amor que eran otros tantos punales que se clavaba en el corazón y fué ella quien se hurtó la llave de la puerta de campo, para que él pudiera salir a caer en otros brazos.

¿Cuantas noches tiritando de frio recostada en un banco del jardin, le esperaba, sollozando de desesperación al considerarlo reclinado en el seno de otra mujer! En espera de una mirada, de una caricia furtiva ailí permanecia, esperándolo para abrirle, y cuando entraba y vefa perderse su figura querida tras los árboles, la pobre sonadora se sentaba en el banco, miraba el cielo estrellado y permanecía como en un éxtasis, hasta que una vaga claridad anunciaba el día, el viento de la mañana la envolvía en oleadas de perfumes arrancados a las azucenas y lirios del jardín, otro tiempo testigo de su amor, y cantaban los paja-ros el himno de la mañana en las ramas de mirtos florecidos.

La segunda ausencia le fué imposible sepertaria. La seledad del al ma la mataba y un d'a desaparecide la casa y del pueblo. Iba en bus-

ca del bien amado.... En las inmediaciones de la grat ciudad halió tropas, que en una otra dirección cruzaban el camino y pasó medrosa entre las chanzonetas de los soldados y las miradas atrevidas de los jefes

Llegada a la capital "sola y sin cbnocer a nadie, se acordó de un antiguo notario de su pueblo que vivía all, y después de mil indagaciones logro hallarlo. Por él supo que el país estaba en guerra y que el joven estudiante se había enrolado, comb mu chos otros, en un batallón que había salido la vispera para el Tolima.

¿Qué podía detenerla en la ciudad?

Embargada por su único pensa miento, ensimismada en él, no tenís más que una sola idea, fija, tenaz: llegar a él. verlo, volver a gozar una vez más siquiera de sus besos y sus caricias, y morir después.

Asi abstraída y silenciosa, comuna visionaria que cuminase con la vista fija en un punto luminoso, em prendió de nuevo su camino y llegó extenuada y rendida, al segundo d'a al pueblo donde se había detenido el

Tocuban las cornetas toque de mar cha y estaban las tropas formadas en la plaza. El corazón de la jove: istio con violencia, no lo había visto pero lo había presentido. Apartando los grupos de gente q

curioseaban a la tropa, llegó al centro de la plaza. Allí estaba él, jinete en brioso caballo, hermoso con su blusa militar y su ademán arevido La joven como fascinada con las ma-nos tendidas cual si caminase en la llegó hasta el pie del caballo. El jinete volvió a mirar.

-;Marta! exclamó él. Un torrente de lágrimas inundó e

rostro de la joven. -- Qué vienes a hacer?

-Vengo a verlo.

-¿De dônde vienes? -De nuestro pueblo.

- A donde vas? -A donde vaya usted-Todo estaba dicho.

Desde entonces la joven siguió o batallón a dendequiera, en pes d las huellas del sér querido, siendo para él amparo y providencia, y se nrolé en ese grupo de mujeres ab negadas y valientes que sigue a l ejercitos y va con ellos a la cam paña y al combate, y son la alegri del soldado, el consuelo del herido a veces las únicas sepultureras muertos queridos, los únicos que rezan, los únicos ojos que lloran. las únicas almas compasivas que velan a la orilla de tumbas recier abiertas, de aquellas tumbas melan-

En las grandes jornadas por las montañas abruptas, en las traveslas por las llanuras áridas, siempre ella estaba alli, tista con el alimento conseguido con inmenso trabajo, y con la bebida fresca cuidadosamente pre

Era feliz.... Cuando la luna cafa sobre el cimpamento retratando las blancas tiendas de campaña que semejaban gi-gantescos copos de nieve y en la no-che silente sólo se ota el ¡quién vive! de los centinelas, era dichosa tiéndolo reclinado sobre su corazón besándolo callada o conversando del pueblo y de los séres queridos hasta dormirse soñando con aquellas no ches perfumadas, aquellas citas primeras en el silencio de la paterna huerta, a la sombra de los naranjos florecklos y de los malabares entre-

Tras una noche de escaramuzas ; de alarmas amaneció el día de la ba-

avergonzada. -¿Qué vienes a hacer?

las tropas empezaban a coronar la altura en tanto que las otras avanzaban de frente o se internaban hamano temblorosa que se extendía cia la izquierda, por el bosque oscu-El batallón que seguía Marta le to-

có internarse en la arboleda hasta llegar a poca distancia de las trincheras enemigas. Sorprendido en su camino se rompió el fuego por aquel lado y se generalizó el combate. Una inmensa capa de humo envol-

do el cerro venían a formar un trián-

gulo negro sobre la llanura verde,

via toda la llanura. El ruido monôtono de las ametralladoras, la fusilería continuada, el estampido del cañón, formaban un solo asordador estallido.

Marta marchaba pie a pie, al lado

Como viento de tempestad que ta lara la selva cafan pedazos de monte a fuerza de cañón colaban las astilas de los árboles llevadas por las balas, cafan los soldados en montón, pasaba el General en Jefe como una risión fatídica, con el corneta en ancas de su caballo, tocando a la carga!... y ella no contemplaba más que las facciones del sér querido transfigurado per el coraje, como un eón a vista del desierto. la mirada centellante, las fauces temblorosas desenvainada la espada, con el somprero atravesado per las balas, gricon voz asordadora ¡adelante! ; adelante! A ella le parecía que escuehaba un

himno. Nunca lo había visto tan bello. Lo seguía como un éxtasis. Envuelto en aquel cuadro de llamas le parecia admirable. El combate había desaparecido a los ojos de la joven-No había más que él, como un areángel indignado entre esa nube de fue-

Por dos veces fué rechazada la companta que mandaba él y por dos veces la volvió a mandar sobre el reducto, caminando a su cabeza.

Habían salido del mentículo, nemigo había cesado el fuego, no se

Alla aj frente, como a diez metros se vela algo negro como el vértice de un ángulo. Era una trinchera. Parecía abandonada La tropa avantó cautelosamente. Ya están cerca... Ya la asaltan... El capitán, el primero, con la bandera en la mano, dando un grito como de ácuila salvaen el horizonte, como espigas tronchadas por una hoz cayeron al sueo los soldados.... La emboscada vencia. Cuando a Marta le paco el deslumbramiento miró es torno suvo.... Allf, al pie de la trinchera la espada en una mano y en la otra vía en sus pliegues. Los atrincherados no sallan... Esperaban a los contrarios que debían salir del mismo monte y caer en la misma embos Marta se abalanzó al cuerpo de su amado, como una hembra de jaguar que varla de cueva a sus hijos, lo tomó en sus brazos con fuer za increible y rugiendo más que gritando se entró con él al monte y descendió hacia el arroyo.

Una vez allf, pálida, temblorosacon sus propios dientes le desgarro el dolmán y la camisa, palpó la herida, se empapó en su sangre, pegó n ella la boca, la lavó y acercó el agua hs labios del herido. Este abri os ojos, y al verse en brazos de [Marta Intentó sonreir. -: Vencidos? alcanzó a preguntar

-No, vencedores, dijo ella con orgullo, adormeciéndolo así, con el him

no de la esperanza. Un rayo de felicidad llumino las facciones del herido, intentó sonreir cerró les ejes para siempre, sintiendo estremecerse su hijo bajo su cabeza en el vientre de la madre, en los labios el beso desesperado del los labios el peso de embriagador per y cerca el ruido embriagador del combate, semejando el fragor de una tempestad en el océano. Muerte feliz!

Al caer de la tarde siguiente, el C ejército vencedor abanconaba el cam

Se olan a lo lejos los gritos de victoria, los ruidos de los cañones y el 🛱 tropel de los caballos. No se vefa más humo que el de las hogueras que quemaban los últi-

mos muertos desamparados. En la árida lianura, poco antes po blada de ruidos, había silencio de muerte y con su ala piadosa y fría el olvido y la noche iban cubriendo el

desolado campo de batalla. A la orilla del monte, cerca de una cruz de palo atada con bejucos, postrada de rodillas estaba Marta.

No libraba, sus ojos desmesuradamente abiertos miraban el cielo, y cual si mirase en el fondo de un abismo permanecia sorda a los ruidos de la naturaleza y de la tarde.

Poco después, como maquinalmente, se puso de pie, dió la espalda a la cruz y comenzó a andar.

Bajo el cielo lívido y sobre la llanura negra avanaba aquella mujer come un fantasma, como el último resto de un bajel naufrago en el resto de un bajei nautraso en océano, y avanzó y avanzó... hasta perderse en las lontananzas metra perderse entre los ruidos dolientes de la noche.

Pocos dias después Marta bajaba | 15 la pequeña cuesta que conduce a su pueblo natal.

Meditabunda y sola atravesó la pla za y entro a la casa de donde había salido un dia en busca de su amado.

Preguntó por la señora, y al verse en presencia de elis, bajó los ojos

La joven mada respondió, abrió su abón, sacó de su pecho un escapu-irio, un medallón y una cartera y lo ubón, sacó de su pecho un escapulario, un medalión y una cartera y lo extendió a la anciana. La pobre ma-

Marta la vió impasible, no Allá lejos, velase la proyección de lágrimas que verter. las trincheras enemigas, que bajan-

Pasado el primer acceso de dolor, la señora se puso en pié y ordenó a la muchacha abandonar la casa. La joven inclinó la cabeza bajo aquella mirada indignada y aquella

mostrándole la puerta. Una vez allí, miró por vez postre-ra aquella casa querida, pensó en sus ambres, en sus citas y la última lágrima cayó de sus ojos.

¡Adiós! dijo, y aquel adiós vibró en el aire calmado y fué a perderse en la huerta silenciosa, entre los rosales silvestres bajo los naranjos en flor y los malabares entreabiertos.

Tres meses después le habían arrebatado su hijo, y se consumía en la humilde choza donde había muerto su madre, y sofiadora enferma, se la vefa bajar hacia el arroyo, y golpear un harapo contra el lavadero y cantar triste, muy triste, cual si viese en mitad del río, sobre la piedra más alta, dibujarse la silueta de un adolescente hermoso, mientras alla lejos se oye el ruido de los muchachos mezclado a los estrépitos del torrente y a los ruidos del campo traídos por la brisa estival, que viene aca-riciando los rubios trigales y murmura en los árboles de la brilla....

J. M. VARGAS VILA.

Oh infelices mujeres, slempre empujadas al malpor los hombres nunca sestenidas per quieren hacer el bien! ¡Miseras des-heredadas de perdón, le! que sus corazones son inagotables fuentes: Existencia de cristal, de las que con despotismb se apodera el hombre y que empaña con su amor, quiebra su crueldad, su abandono o su

Fernán Caballero.

Pocas mujeres, mientras se hallan en la edad de agradar, nos agradecen la simple amistad.

desdén.

CORTE ESTO-VALE DINERO

Corte este anuncio, incluya 5c, y d rijalo a Foley and Co., 2835 Sheffield Chicago. Ill., escribiendo su nombre y dirección con claridad. Recibirá en camblo un paquete de prue-ba conteniendo el Compuesto Foley de Miel y Alquitran para toses, resfrios y croup; Pfidoras de Foley para los Riñones, para dolores del costado y de la espalda, y Pastillas Purgantes de Foley, que son un buen purgante para la constipación intestinal, biliosidad, jaquecas y desórdenes de los intestinos.-

The Wolf o Marx Co.

EL "BASAMENT" CELEBRARA SU

Aniversario

EL VIERNES 8 DE SEP-TIEMBRE.

Con una de las Ventas más grandes de la Estación, de nuevos artículos para el Otoño a precios bajísimos

Recuerde la Fecha y esté aqui temprano--EL VIERNES.

CON 16 PAGINAS MAS QUE EN LA PRIMERA, COMPRENDIENDO MUCHAS NUEVAS CAN-CIONES, ACABAMOS DE PUBLICAR LA SEGUNDA EDICION DE

EL RUISENOR MEXICANO

COLECCION DE CANCIONES POPULARES ANTIGUAS Y MODERNAS

El libro más completo y mejor en su género.—Publi cado por la Casa Editorial Lozano, de San Antonic, Texas.- No lo confunda usted con otros.

He aquí la lista de las canciones que comprende la nueva edición que ofrecemos ahora al público:

Dame un Beso. —Canción Fronteriza— La Casita.— La Espina Erial— Mi Noche Triste.— Los Pavitos.—La Camagueyana.—Fado Portugués.— El Muerto Murió.—La Copa del Olvido.—Colombiana.—Eesos Fríos.—Mi Hombre Pompas.—Pompas Vaciladoras.—Canción del Soldado.—El que a Hierro Mata.—Cantares del Bajío.—El Polichinela.—El Abandonado.—Los Besos que te Dí.—La Rancherita.—Sobre las Olas.—El Relicario.—Que me importa.—Serafina.—Una Lágrima de do.—Los Besos que te Dí.—La Rancherita.—Sobre las Olas.—El Relicario.—Que me importa.—Serafina.—Una Lágrima de Amor.—La Morena Trinidád.—Chin Chun Chan.—Horas de Melancolía.—La Cachimba. (La Niña de los Besos).—Las Mexicanas.—Musas Latinas. (El Gondolero).—Si Tú Me amaras.—Acuérdate de Mí.— Adelita.—Hondamente.— Pistilos.—Astros.—La Trigueñita.—Lindas Mexicanas.—Marina. (Brindis.)—Los Ojos que Tú Tienes.—El Pagaré.—Perjura, (Segunda Parte.—Las Golomdrinas.—:Hiere! —Alejandra.— El Desterrado.— Mala Entraña, (Serranillo).—No Sabes tú mi ni-ña.—La Pajarera.— El Encanto de un Vals.—El Céfiro.—Aires Populares.— Cielito Lindo.— Guarda esta Flor.—Musas Mexicanas.—Ojos Tapatios.—Virgen Purísima.— La Cabaña.—Lágrimas, (Colombiana.)—Marina, (Coplas).—El Ciprés.—Todos dicen que nunca.—El Enterrador.;Por qué Hago!.—Nicolás.—A la Orilla de un Palmar.—La Mamá Carlota.—El Mantón de Manila.—Flor de Té. (Canción)—La Duquesa del Ball Tabarín.—¡Marí! ¡Marí! (Duó).—Cuando Escuches este Vals.— La Paloma.—Todo acabó.—Serenata de Schubert.—Lejos de Ella (Colombiana).—El Guitarrico.—Aires Nacionate Vals.— La Paloma.—Todo acabó.—Serenata de Schubert.—Lejos de Ella (Colombiana).—El Guitarrico.—Aires Nacionate Vals.— La Paloma.—Todo acabo.—Serenata de Schubert.—Lejos de Ella (Colombiana).—El Guitarrico.—Aires Nacionales Mexicanos.— La Espina, (Colombiana)—María.— Asómate a la Ventana.— Romanza.—Aires Populares.—Seguidillas.—Macetita Embalsamada.— Adiós.— Agua que va Río Abajo.— Canción de Morrongo.—Lejos de Tí.—¡Calla Jilguerillo!—Coplas.—La Norteña.—Es Por Ella.— Quise Amar—. La Barquilla (Serenata.)— Qué es imposible....!— Mi deseo.—Tus Ojos. (Polka)—Lágrimas de Amor.— Mi Morenita (Danza)—Guarache.)— A una Mulata.— El Colibrí.— Peteneras.—La Aurora de la Mañana.— A Gilda.—El Vendedor de —Ligeras.— Por tí Mujer. (M. Ponce.)—El Dué de los Patos.—La Aurora de la Mañana.— A Gilda.—El Vendedor de Poince.— A maría de la Mañana.— A Gilda.—El Vendedor de Poince.— A maría de la Mañana.— La Martina (Cuinto de Poince.)—El Dué de los Patos.—La Nuevos Versos de Don Simón — La Martina (Cuinto de Poince.)—El Dué de los Patos.— Criangrías, Nuevos Versos de Don Simón — La Martina (Cuinto de Poince.)—El Dué de los Patos.— Criangrías, Nuevos Versos de Don Simón — La Martina (Cuinto de Poince.)—El Dué de los Patos.— Criangrías, Nuevos Versos de Don Simón — La Martina (Cuinto de Poince.)—El Dué de los Patos.— Criangrías, Nuevos Versos de Don Simón — La Martina (Cuinto de Poince.)—El Dué de los Patos.— Criangrías (Cuinto de Poince.)—El Dué de los Patos.—El Dué de los Patos.— Criangrías (Cuinto de Poince.)—El Dué de los Patos.—El Dué de los Patos Pájaros.— Por ti Mujer, (M. Ponce.)—El Duo de los Patos.—La Aufora de la Manana.— A Gida.—El Vendedor de Pájaros.— Ausencia.— Cuánto te Quiero.—Amoríos de Ana.—Trianerías. Nuevos Versos de Don Simón.— La Mestiza (Guaracha).—Mi Amor.— Cerca de Tí, (Mazurka).—Canción.—Tus Ojos. (Schottisch.)—Valentina.— La Habanera.— La Perla. (Canción).—Plegaria.— ¡Por qué me Olvidas!—La Golondrina.— A una Flor.— Quejas.— Horas de Luto.— Himno Nacional Mexicano.

El Ruiseñor Mexicano, aparte de lo cuidadosamente seleccionado de sus canciones, está ilustrado con fotografías de las más populares tonadilleras y bailarinas, y contiene

Una serie de lecciones prácticas para tocar la guitarra sin necesidad de maestro.

A pesar del aumento en el número de páginas, la nueva edición de "El Ruiseñor Mexicano" se venderá al mismo precio de antes:

40 CENTAVOS

PIDASE A LA

Casa Editorial Lozano

118 N. SANTA ROSA AVE

SAN ANTONIO, TEXAS.

WENDELEWENDEL CHIROPRACTORS_ 314 E COMMERCE ST. 2848

CHARLES E. ELIZABETH M.